

Una gran historia de amor inspirada en hechos reales

EL LARGO CAMINO A CASA

ALAN HLAD



ALAN HLAD

EL LARGO CAMINO A CASA

Traducción de Montse Triviño


ESPASA

Título original: *Long Flight Home*

© Alan Hlad, 2019

Publicado de acuerdo con Kensington Publishing Corp. Sandra Bruna
Agencia Literaria, SL

© por la traducción, Montse Triviño González, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-670-5830-7

Depósito legal: B. 25.801-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EPPING, INGLATERRA

7 DE SEPTIEMBRE DE 1940

El día en que empezó el horror, Susan Shepherd estaba trabajando en un palomar, esparciendo el pienso —una mezcla de sorgo, trigo y guisantes secos— en una larga bandeja metálica. Unos cuantos pichones adormilados sacaron la cabeza de debajo del ala, pero no se molestaron en salir del nido. La mayoría de las palomas estaban fuera, volando en círculos sobre los ondulados pastos verdes o posadas en las ramas de los inclinados abedules del bosque de Epping.

—Vosotras nos ayudaréis a salvar Inglaterra —les susurró.

El palomar era un cobertizo de madera de tres metros y medio por tres metros y medio cuyas paredes estaban repletas de nidos, como si fueran las casillas de una clase de primaria, sólo que en lugar de botas de agua, gorros o guantes mojados, aquellos pequeños compartimentos eran el hogar de más de sesenta palomas. Aquél era el primer palomar que había construido su abuelo, Bertie, antes de que ella naciera. Durante los últimos doce meses, sin embargo, habían construido a toda prisa una docena de palomares más. Desde que ella se había marchado a estudiar Zoología a la Universidad de Londres, el único cambio en la granja de su abuelo era que ahora había más palomas. El mismo olor mohoso: una mezcla de plumas, excrementos

y grano. No tenía pensado volver a casa tan pronto, pero su trabajo como voluntaria en el Servicio Colombófilo Nacional la había obligado a posponer sus estudios para dedicarse a una tarea mucho más importante: criar palomas militares.

Mientras Susan se sacudía restos de pienso de la raída falda —remendada con parches y zurcidos— dirigió la mirada hacia las desvaídas marcas de lápiz de la pared. Las había hecho Bertie cuando ella era niña para medir cuánto crecía. Susan pegaba la espalda a la pared y estiraba el cuello como si fuera una jirafa. Ansiosa por crecer, incluso había recurrido al truco de rellenarse los zapatos con pañuelos de papel. Y seis meses después, Bertie se había echado a reír al descubrir que su nieta —que había olvidado los pañuelos de papel— había encogido un par de centímetros. Durante su infancia, había llegado a gustarle el roce del lápiz en lo alto de la cabeza, el sonido de la mina al arañar la pared, el darse la vuelta expectante para comprobar cuánto medía ya mientras un público formado por palomas arrullaba entusiasmado. Susan se arrodilló y acarició la primera marca: era de cuando apenas caminaba, poco después de que se hubiera ido a vivir con Bertie.

«I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.»

Susan ahuyentó de su mente aquella canción infantil para saltar a la cuerda, luego cogió una cuchara de madera y rascó el lado de una vieja lata metálica. En su día había contenido la pintura que con el paso del tiempo había empezado a desprenderse del revestimiento exterior de la casa de su abuelo.

Las palomas se dirigieron a un agujero practicado cerca del techo. Una a una, entraron en el palomar y revolotearon hasta posarse. Corretearon por el suelo, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás y sacudiendo las patas, mientras que el cuerpo permanecía firme, como si fueran

capaces de sostener mazorcas de maíz en equilibrio sobre la cola. Entró el último pájaro, se posó en el barril de grano y ladeó la cabeza.

—Hola, *Duquesa* —dijo Susan.

El pájaro —único gracias al reluciente plumaje violeta y verde del cuello, más propio de un pavo real que de una paloma— revoloteó hasta posarse en el suelo y se acercó caminando a los pies de Susan.

—Me temo que te he malcriado un poco.

Susan se echó algo de pienso en la mano y se arrodilló.

Duquesa picoteó los granos.

Los golpecitos del pico le hicieron cosquillas a Susan en la palma de la mano. Sabía que no debía dar de comer con la mano a una paloma: no era el protocolo del Servicio Colombófilo, ni el de su abuelo, y, sin duda, causaría problemas si *Duquesa* entraba en servicio. Pero aquella paloma era distinta. Y todo porque un gato salvaje había conseguido colarse bajo la puerta y acabar con la vida de *Skye* e *Islay*, dos de las palomas de carreras que más apreciaba Bertie.

Tres años atrás, Susan y Bertie habían encontrado lo que quedaba de *Skye* detrás del barril de grano. A *Islay* la habían hallado en su nido con una herida grave en un ala: estaba sentada sobre el huevo que había puesto justo antes del ataque. Susan y su abuelo habían tratado de entablillarle el ala con cinta y astillas de madera, pero estaba demasiado débil para comer y había permanecido cinco días incubando el huevo antes de morir. La habían enterrado junto a *Skye* en una de las cajas de tabaco de Bertie, en la linde del bosque de Epping.

Puesto que ninguna de las otras palomas había querido sentarse encima del huevo, contaminado por la tragedia felina, Susan había insistido en incubarlo ella misma, pese a que su abuelo estaba convencido de que las posibilidades de que el huevo eclosionara eran tremendamente escasas, sobre todo sin una incubadora calibrada, que no podían

permitirse. Pero Susan era tan cabezota como Bertie, así que había cogido el cuenco azul de cerámica, el que su abuela usaba en otros tiempos para comer las gachas de avena. Había calentado el cuenco con agua de la tetera para conseguir una buena temperatura, después había envuelto con mucho cuidado el huevo en una toalla ligeramente humedecida y lo había metido dentro del cuenco. Por último, había colocado el cuenco debajo de la lámpara de escritorio de Bertie y, con la ayuda de un termómetro, lo había situado a la distancia adecuada para alcanzar la temperatura ideal, que previamente había comprobado introduciendo el termómetro bajo el cuerpo de una paloma que estaba incubando.

Durante dos semanas y dos días, Susan giraba el huevo cada ocho horas y vertía unas gotas de agua en la toalla para conservar la humedad necesaria. Y pese a que las probabilidades apuntaban a que tendría que enterrar el huevo junto a sus padres, el huevo empezó a vibrar un domingo por la mañana, temprano. Susan y su abuelo se saltaron la misa, acercaron las sillas y se quedaron allí tres horas viendo cómo el huevo se iba abriendo lentamente. Cuando las campanas de la iglesia resonaron por todo Epping para dejar libres a los fieles, un tembloroso polluelo se asomó al mundo.

—Tus padres y tu abuela estarían orgullosos de ti —le había dicho Bertie.

Y Susan, con un nudo en el pecho, había sonreído y había acariciado con delicadeza al polluelo.

Había sido un milagro, pero Susan sabía que aquel polluelo seguía teniendo muy pocas posibilidades de sobrevivir sin la ayuda de la leche de buche de sus padres. Decidida a no rendirse, procedió a moler semillas hasta formar una pasta y alimentó ella misma al polluelo. Al cabo de unos días, la cría se tenía en pie, podía desplegar las alas y picotear. Una semana más tarde, ya comía pienso con las demás aves en el palomar. Y Susan la llamó *Duquesa*, pese a

que su abuelo prefería bautizar a sus palomas de carreras con el nombre de remotos parajes escoceses que nunca habían visitado.

Duquesa se había convertido en un ave extraordinaria. Y no sólo por su aspecto, ya que las plumas del cuello centelleaban como la madreperla. Era su inteligencia —o extraño comportamiento, como decía su abuelo— lo que la hacía destacar entre las demás. Mientras que a las palomas mensajeras se las entrenaba recompensándolas con comida, *Duquesa* parecía moverse más bien por el deseo de entender el mundo que la rodeaba, como si tras sus ojos dorados se ocultara una extraña curiosidad. En lugar de unirse al grupo, *Duquesa* se contentaba con observar comer a sus compañeras posada en el hombro de Susan, zureando a modo de respuesta a las palabras de Susan, como si disfrutara con el arte de la conversación. Más impresionantes aún eran sus condiciones físicas: por lo general, siempre era la primera en llegar a casa después de que Bertie y Susan liberaran a las palomas en un punto lejano para los vuelos de entrenamiento. Bertie solía decir que *Duquesa* era la más rápida en volver sólo porque quería acaparar durante unos minutos toda la atención de Susan. La joven se reía, pero estaba convencida de que había algo de verdad en aquellas palabras.

Mientras Susan le acariciaba el lomo a *Duquesa* con un dedo, se oyó una sirena. Se quedó inmóvil. El sonido empezó como un gruñido sordo y fue aumentando de volumen hasta convertirse en un estridente aullido, que se interrumpía y luego se reanudaba. Se le puso la piel de gallina en los brazos. Las palomas comenzaron a revolotear. Las paredes vibraron. El pienso del comedero tembló.

La puerta se abrió en ese momento de golpe. Su abuelo, un hombre patizambo que llevaba un deslustrado casco de acero, gritó: «¡La Luftwaffe!». Cogió a Susan de la mano y tiró de ella.

Susan vio la puerta de muelle cerrarse tras ella; *Duquesa* estaba tranquila en el suelo mientras las demás palomas correteaban asustadas.

—¡*Duquesa!*

Se soltó de su abuelo, abrió de nuevo la puerta y cogió al pájaro.

Susan, con la paloma sujeta bajo el brazo, corrió con Bertie hacia el refugio antiaéreo tal y como habían ensayado muchas veces, aunque siempre rezando para que aquel día no llegara nunca. Sabían, sin embargo, que sólo era cuestión de tiempo. Mientras cruzaban el campo corriendo y pasaban junto a otros palomares, se oyó una sirena procedente del cercano aeródromo de North Weald.

Bertie se detuvo a recobrar el aliento. Se subió el viejo casco militar, que le caía sobre los ojos una y otra vez.

—¡Corre! —gritó.

Antes de llegar al refugio, la sirena enmudeció y fue sustituida por el zumbido de un enjambre de abejas mecánicas. Susan levantó la mirada y le subió la visera del casco a Bertie. Cientos de bombarderos enemigos, y casi el doble de cazabombarderos, oscurecían el cielo vespertino como si se tratara de un enjambre de moscas negras. Retumbó el fuego de las baterías antiaéreas. Negras nubes estallaron bajo aquel ejército del aire.

El refugio era un amplio montículo de tierra excavado bajo la copa de una inmensa haya. La hierba verde cubría la parte superior, con lo que el refugio se confundía con los terrenos de pasto. A excepción de la puerta delantera, que lo hacía parecer la casa de un hobbit, el refugio quedaba perfectamente camuflado. Susan había ayudado a su abuelo a construirlo, empujando carretillas llenas de tierra y mezclando cemento en cubos para revestir las paredes interiores, reforzadas con los ladrillos y los restos de metal que habían encontrado en una fábrica de conservas derruida. Para la entrada, habían reutilizado la puerta de una vieja letrina.

Los vientres de los bombarderos se abrieron justo cuando Susan y Bertie llegaban al refugio. En lugar de agazaparse en el interior de aquel hoyo, no pudieron evitar poner en riesgo su propia seguridad para quedarse a ver cómo los cazas Hurricane de la Real Fuerza Aérea británica, la RAF, sobrevolaban los árboles y ascendían raudos hacia el cielo. El escuadrón de Hurricanes quedó en clara desventaja numérica cuando los cazas de escolta enemigos, que lucían la Cruz de Hierro, descendieron para rodearlos. Los aviones de la RAF opusieron una breve pero valiente resistencia. Un Hurricane estalló después de que varias ráfagas de fuego enemigo le perforaran el tanque de combustible, y lanzó una lluvia de metralla sobre el bosque de Epping. Otro Hurricane recibió un impacto en la cola, descendió en picado y se estrelló contra un campo, sin que vieran al piloto saltar en paracaídas. Uno a uno, los Hurricanes de la RAF fueron abatidos, y los pocos aviones que tuvieron la suerte de sufrir daños leves se alejaron con los motores echando humo.

Susan y Bertie vieron a los invasores dirigirse hacia Londres, que estaba a poco más de treinta kilómetros, perseguidos tan sólo por el impreciso fuego de las baterías antiaéreas. De los vientres de los bombarderos brotaron semillas de destrucción que cayeron silbando hacia el suelo.

—Dios mío.

Cuando las primeras bombas estallaron, a Susan le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas.

A medida que caía la noche, el horizonte en el que se hallaba Londres quedó iluminado por cientos, quizá miles, de inmensas hogueras. Y con la oscuridad llegó una segunda oleada de bombarderos que arrojaron sus cargas explosivas durante toda la noche, guiándose por las llamas para localizar sus objetivos. El resplandor blanco de las bombas incendiarias iluminaba la oscuridad. El eco de las explosiones retumbaba en el aire.

A las 4.30 de la madrugada cesó el bombardeo. Susan se acercó a Bertie, que estaba sentado en el suelo, y lo ayudó a ponerse en pie. Con las débiles piernas, el hombre se arrastró al interior del refugio y se acurrucó en un catre, cubriéndose el rostro con el casco de acero. Susan, incapaz de dormir, se quedó fuera con *Duquesa* entre los brazos y contempló el resplandor del horizonte. El ruido siguió mientras los aviones alemanes sobrevolaban el cielo, ocultando las estrellas y la luna creciente. Susan cerró los ojos y rezó para que no regresaran. Pero volvieron la noche siguiente. Y también la noche del día sucesivo.